

la enciclopedia. Para los Borbones las Indias dejaron de ser proyecto evangélico o misión para convertirse en codiciable patrimonio. La ruptura se produjo, no porque fuese odiado el gobierno español, sino porque el gobierno había dejado de ser español. Generaciones sucesivas de españoles se fueron educando en la vergüenza de ser español, en la envidia a la Francia revolucionaria y en la ignorancia de la gesta americana. En las guerras de la independencia los hispano-americanos combatieron por los principios españoles de los siglos XVI y XVII. Hoy, los hispano-americanos bastardos solo tienen dos señuelos: la Rusia Soviética y los Estados Unidos, aquella para las masas, éstos para los políticos y los economistas: o el culto a la revolución o el culto a la materia y al bienestar. Solo se encontrarán a sí mismos, cuando retornen a sus raíces, cuando retornen a la Hispanidad.

Epílogo.—El Presidente de Argentina Hipólito Irigoyen consagró el día de la Raza el 4 de octubre de 1917 por Decreto del PEN con estas palabras: «El descubrimiento de América es el acontecimiento de más transcendencia que haya realizado la humanidad a través de la Historia. Se debió al genio hispano efemérides tan portentosa, cuya obra no quedó circunscrita al prodigio del descubrimiento, sino que lo consolidó con la conquista, empresa ésta tan ardua y ciclópea, que no tiene términos posibles de comparación en los anales de todos los pueblos. La España descubridora y conquistadora volcó sobre el continente enigmático y magnífico el valor de sus guerreros, el denuedo de sus exploradores, la fe de sus sacerdotes, el preceptismo de sus sabios, las labores de sus menestrales, y así obró el milagro de conquistar para la civilización la inmensa heredad en que hoy florecen las naciones, a las cuales ha dado con la levadura de su sangre y la armonía de su lengua, un herencia inmortal, que debemos afirmar y mantener con jubiloso reconocimiento».

Así hablan los hijos legítimos de aquella España Imperial, madre de naciones, patria de patrias.

JULIÁN GIL DE SAGREDO

Uscatescu, George: PROSPETTIVE ESTETICHE EUROPEE (*)

Jorge Uscatescu ha recogido en este libro un conjunto de ensayos que muy bien pueden definir el sentido y la profundi-

(*) Japadre editore, L'Aguila-Roma, 1987, 227 págs.

dad de sus actuales preocupaciones culturales y humanas. En un momento como el que está viviendo el mundo intelectual español, caracterizado por una especie de *pret-a-porter* masificado y de escasa inclinación hacia los grandes temas humanos, libros como éste nos hacen comprobar que el ensayo que se escribe en nuestro país —Unamuno, Ortega—, caracterizado como una de las grandes líneas del pensamiento europeo, tiene todavía vigencia y algún cultivador que trabaja en solitario, sin las urgencias de la popularidad o, lo que es lo mismo, sin abandonar la seriedad especulativa por estar *à la page* de una sociedad a la que, en términos generales, irrita el ejercicio de pensar.

Uscatescu —más de ochenta libros en varios idiomas, miles de estudios y de artículos en toda la prensa europea, gran conocedor de la historia y la evolución de la cultura europea, escritor de variados registros en cuanto a géneros y temas— plantea con esta obra una perspectiva de temas estéticos de gran densidad relacionados con el pensamiento y la literatura europeos.

En alguna ocasión ha analizado rigurosamente el despliegue de la cultura española dentro, en, o formando parte sustantiva de la europea y ha señalado la europeidad del barroco, la universalidad de Velázquez, del Greco o Goya, la vigencia de un sistema de ideas y vivencias que no tiene fronteras y sin el cual no encontraría plena justificación la cultura del otro lado de los Pirineos. Ahora, en el comienzo del libro que nos ocupa incorpora la figura de García Lorca, analizando su lenguaje desde el punto de vista de lo poético y lo musical. Lo que le importa es la urdimbre que se esconde en la médula del lenguaje poético y musical del granadino. La clave musical del poeta es un elemento sustantivo para poder entenderlo en toda su amplitud. La fuerza de la palabra, el sentido de la muerte, el teatro poético, en definitiva toda la obra lorquiana, están traspasados por la presencia de la música, desde las primeras *Canciones* a *Poeta en Nueva York* o en el sonoro sentido del complejo mundo de imágenes que maneja.

Uscatescu no se limita a realizar un examen más o menos minucioso de la obra de García Lorca, siempre limitativo. Por el contrario, lo conecta con las líneas maestras de otros pensadores europeos, poetas o músicos para descubrir un mundo de totalidades estéticas afincado en la universalidad.

El segundo capítulo del libro está dedicado a otra de las viejas devociones de Uscatescu, el también poeta universal Erza Pound. El cumplimiento de su centenario le sirve de pretexto para pasar desde la anécdota a la categoría poniendo de relieve la alta temperatura poética de un hombre que ha dejado hon-

das huellas —no siempre valoradas con justicia— en la creación poética de nuestro tiempo. Para Uscatescu es probablemente el mejor poeta en lengua inglesa de la época que nos ha tocado vivir, un creador de horizontes, de experiencias estéticas nuevas, de una lengua poética que ha provocado exaltación y escándalo.

No es la primera vez que Uscatescu profundiza en la vida y obra de estos auténticos creadores de realidades poéticas nuevas. Al fin, son los que le interesan y con los que encuentra un ámbito de relaciones que ha venido a concretarse en alguno de sus propios libros de poemas, como *Poeme* (Bucarest), publicado en rumano en 1981 o *Anábasis*, antología poética suya que fue galardonada con el «Premio Júcar», de Cuenca, publicada en 1987.

La parte central del libro es otro de los ejes especulativos sobre los que se ha ido vertebrando el pensamiento de Uscatescu a lo largo de los años, el problema de la libertad, en este caso con el sugestivo título de *La otra cara de la libertad*. Orwell y su 1984, libro profético y luminoso, aunque en algunos aspectos se haya quedado corto a la hora de valorar la creciente pérdida de libertad del hombre, lleva a Uscatescu a plantearse la situación de la libertad en el mundo soviético. Los precursores, que sufrieron su falta, y el mundo de los disidentes, poblado por escritores de primera magnitud situados en la gran tradición de la literatura rusa, son motivos para que la pluma de Uscatescu nos descubra dónde están los límites de la libertad y hasta dónde puede conducir su falta o su falseamiento. La literatura, desde la Revolución de Octubre, ha dado buenas pruebas de la permanencia de un ideal de libertades que, pese a su ahertojamiento, sigue iluminando la mente de los grandes creadores. En 1973 Uscatescu ya dejó constancia de esta situación en un trabajo titulado *La política cultural en el mundo soviético*. La literatura rusa ha vivido una gran tragedia espiritual en la que por reacción ha encontrado las fuentes soñadas de la libertad. La disidencia se ha configurado como un problema de libertad en términos de estilo, de dignidad y de salvación a través de la creatividad.

Resulta verdaderamente difícil resumir las líneas maestras de este libro. Las ideas son como un río debordado y no es posible detener la fuerza que lo arrastra. Uscatescu avanza y retrocede sobre ellas, establece relaciones, plantea un ámbito dialéctico que se va encadenando a través de aportaciones permanentes y sucesivas.

En este sentido, considera que el teatro es otro de los grandes acontecimientos que configuran la conciencia de nuestro siglo. El modelo es Pirandello, el autor donde podemos encontrar el comienzo del absurdo, la compenetración entre teatro y política,

las relaciones teatro-cine-medios de comunicación, la vida como representación, el triunfo de la imaginación. Obras como *Seis personajes en busca de autor*, *Enrique IV* o *Los gigantes de la montaña* son consideradas por Uscatescu, con todas las implicaciones que esta aventura intelectual conlleva, como una reinvención del teatro, «una sorta di globale sacralità» característica de la crisis de nuestro tiempo.

A continuación, Uscatescu estudia la transfiguración literaria de la gran aventura espiritual y humana de San Francisco de Asís, figura que es una constante de la cultura y el arte. Uscatescu ve la dimensión poética del Santo dentro de una larga trayectoria que comienza en la receptividad poético-intelectual de Dante y culmina en Giovanni Papini. La religiosidad, las creencias, las transfiguraciones literarias que se han realizado —Nikos Kazantzakis al fondo—, la profunda espiritualidad y la alta categoría estética que emana de las pinturas que han acogido como motivo central a San Francisco, el cine, transfigurado por su mismo espíritu sirven a Jorge Uscatescu para trazar no solo los perfiles de una vida y una obra sino el hondo y permanente significado que tienen para el hombre, sobre todo en la encrucijada histórica que estamos viviendo.

La parte final del libro recoge otros trabajos menos amplios, pero igualmente significativos. Lo que pierden en extensión lo ganan en intensidad. Uscatescu da fe en ellos de la capacidad de síntesis que tiene ampliamente demostrada en sus artículos periodísticos. Aquí las frases establecen definiciones de hombres o fenómenos culturales con una admirable precisión y claridad. Así, cuando considera a Bacovia y Enescu, esas dos figuras altamente representativas de la cultura poético-musical rumana del siglo xx. a Roger Caillois y Marcel Jouhandeau, a otro de los grandes poetas de nuestro siglo, no por olvidado menos importante, Tudor Arghezi. A la relación entre Calderón y Hofmannstahl, a Kafka, a Góngora en su traducción al rumano, a Czeslaw Milosz, Mishima, Koester, Montesquieu...

Un libro denso, contenidamente apasionado, racionalmente apasionado. Jorge Uscatescu observa los fenómenos culturales más relevantes de nuestro tiempo y los interpreta desde una perspectiva amplia y profunda. Los distintos temas y hombres analizados estructuran el pensamiento de Uscatescu como una teoría de la condición humana y un indicativo de por dónde pueden encontrarse las directrices de un mundo que puede alcanzar la nobleza de la libertad y de la dignidad.

FERNANDO PONCE